

ROBERTO DE LAS CARRERAS

EL ATARDECER DE LUZBEL

EL literato calla mientras el hombre sigue viviendo. Suerte, fortuna, se evaporan juntas. Dos balazos lo ponen en riesgo de morir. Cuéntase que, recién herido, acudió a su lado un joven amigo exclamando: "¡No se muera, Maestro, no se muera!" y el moribundo tuvo presencia de ánimo como para contestarle, displicente: "Un discípulo de Juliano no se muere de dos balazos". Genio y figura...

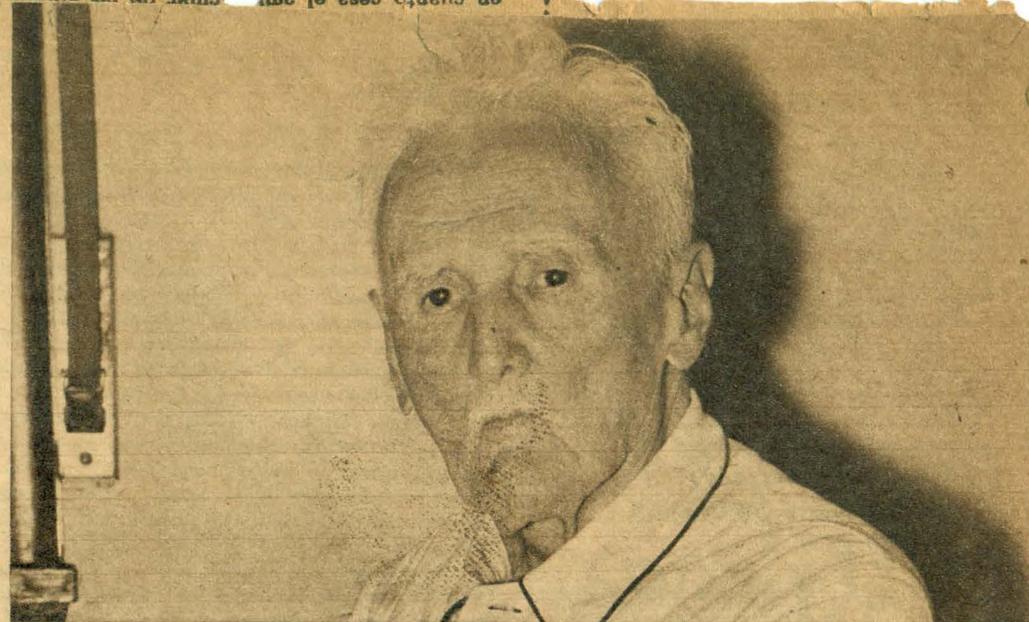
Pero van a empezar los años sombríos, el desamparo económico insoluble para el soñador que alguna vez, con buen humor, escribiera: "¿Cómo queréis que viva sin dinero? No lo puedo ganar, y ni se acuerda de tal cosa, mi espíritu ligero. Por lo demás, colocaría un cero. Lo mismo a la derecha que a la izquierda". Era la verdad. Y el "dandy" soberbio y empobrecido, incapaz de pedir nada, tuvo su providencia en don Domingo Arena, que, discreto y generoso, informó de inmediato a Batlle y Ordoñez, entonces Presidente de la República, de la angustiosa situación del amigo. Diligente, don Pepe dictó un decreto — que, casualidad o intuición, encontramos, descubriendo que ha cumplido, este año, medio siglo de promulgado — por el que se nombraba a Roberto, Cónsul en La Plata, (26/II/1907).

"Los "dandys" no saben otoñar", leímos alguna vez. Para Roberto, el trasplante de La Plata a Asunción (Decr. 23/VII/1913) y a Paranaguá (Decr. 7/X/1913), fue sin duda una prueba amarga, que entenebreció su espíritu cada día más divorciado del medio que lo rodeaba. ¿Cómo conciliar su estilo de vida exquisito, de consumado sibarita, con la atrasada ciudad tropical de Paranaguá? Allí lefa vorazmente, como lo prueban las largas listas de libros que encargaba a grandes librerías francesas, afrancesando su nombre: "Robert des Carrères", al firmar los pedidos. Nada sabemos en concreto de su proceso íntimo en aquel exilio consular, pero es fácil presumirlo. En una factura del "Hotel Guarany", del 1º de abril de 1914, llama la atención la frecuencia con que aparece la palabra "leite". ¿Vivía de leche exclusivamente? Sabemos que hasta

ta máximo. "Un libro sobre el Brasil, como nación y como raza". "Un libro sobre América, en el que destacaba, en primer término, como un símbolo, el "Facundo" de Sarmiento, y la evocación de la ópera "Guaraní" de Carlos Gómez. "Un libro sobre arte, con profundos estudios críticos, donde evidenciaba, con relieves maravillosos, su enorme cultura mitológica — persa e hindú — hasta detenerse en proyecciones insospechadas en "El Arte desde el punto de vista sociológico".

Todo esto, nunca publicado, se ha perdido, o yace sepulto en la maraña de manuscritos que Raúl de las Carreras, el hijo, nos confió para revisar, complicada tarea que ya hemos emprendido. (Digamos de paso que Raúl es más un gentilhombre a la vieja usanza que un hombre de estos tiempos, que cree — experiencia de familia — en la sola posesión de la cultura como fortuna). Recuerda Verdecanna el chisporroteo de elocuencia, la facundia imaginativa de Roberto, que se desbocaba obligando al adolescente a escribir de prisa, hasta llagarse los dedos, para seguir el ritmo alucinado del dictado apremiante.

La enfermedad lo acorralaba. Todo se le volvía enemigo. Para defenderse, adquirió un revólver — el 4 de junio de 1915 —; un Smith & Wesson calibre 38, que entonces, con 25 cartuchos, valía \$ 22.00! Al dorso de la boleta, ha garrapateado frases febriles y oscuras; pero una más legible, nos apena: "¡Sale de herencia la locura, eh?", que ahí, en esa factura, cobra singular expresividad. ¿El advertía, pues, su desequilibrio mental? Sin duda. No sin esfuerzo, hemos descifrado algunos párrafos. Roberto se acechaba. Sentía dentro suyo una amenaza, pronta al zarpazo. Palabras y palabras se repiten, con ritmo alucinante, mortificante. En la dislocada escritura nos impresiona la palabra *riel*; también, la palabra *martillo*; no logramos comprender el texto, pero la adivinamos agresiva, amenazante. Es el proceso de un alma sufriente, acribillada de dolor, dialogando con un interlocutor invisible que lo persigue sin tregua. "Fatigate de zumbarme en el oído, mosca



El ocaso de Luzbel...

que se siente naufragar, en pérdida total. "Te quieren quitar la esperanza: la esperanza es una cosa que también se quita", gime. Es triste, fatigante y dolorosa la revisión de estos manuscritos, más aún si se tiene en cuenta que razones de parentesco hacen que nos toquen de cerca. El haz de papeles que hemos separado casi al azar, son un mundo caótico, tumultuoso, de difícil acceso, evasión de la cordura. Una historia dramática se levanta de esas hojas arremolinadas, de arrebatada escritura, que se quiebra en frases fragmentarias, entrecruzadas en todos sentidos. ¡Ah, no se equivocaba al decirse: "Roberto, aquí no sirve el talento!". Algunas de estas páginas hacen pensar en la escritura automática de los "médiums" y acaso no nos equivocamos al suponerlo. Al respecto, recordamos una frase suya, en "Amor libre": "Se habría dicho una sesión de Espiritismo, al que soy fan afecto". (El subrayado es nuestro).

Entretanto las licencias de su cargo suman un año con otro, y por fin, en 1923, solicita la jubilación, por imposibilidad física. Tenía 48 años, según consta en el informe médico del Dr. Eduardo Lamas, que es categórico; hay error acerca de la edad, si tomamos como año de nacimiento 1875. Anota el Dr. Lamas perturbaciones síquicas, pero como considera posible su curación con un tratamiento adecuado, la soli-

desfilar en nuestra memoria, realizado, ese proyecto que nos confiaba, causándonos una sensación extraña, como una película proyectada hacia atrás. Su tiempo, idealmente, coincidía con la realidad exterior, desconocida para él. De pronto, como si susurrara un secreto, nos clavó los ojos penetrantes, diciéndonos: "¡Está todo embrujado! ¡Todo está embrujado!...".

Volvimos otras veces; nos reconocía. Alguna vez que demoramos, nos preguntó: "¿Estuvieron ustedes de viaje?". Y siempre, con suma gentileza, y expresándose con una dicción perfecta, que llamaba la atención. Una vez, nos dijo: "¡Ahora no se acuerdan de mí, pero cuando yo muera todos volverán a saber quién era Roberto de las Carreras". Al verle, o pensando en él, pues siempre Roberto fue para nosotros motivo de singular afecto e interés, evocamos la predicción que en 1900 le hizo desde "La Revista", Julio Herrera y Reissig: "Roberto de las Carreras, estamos seguros que cambiará algún día de rumbo, anclando — a la hora crepuscular, cuando las ideas nadan tranquilas como cisnes en la soledad del espíritu y el corazón derrama las melancólicas armonías de un órgano — junto a esa playa donde las olas mueren en silencio, como los niños, coronadas de polvo de jazmines, como los viejos".

ahora, su régimen alimenticio es vegetariano. Que en otras épocas ingería huevos crudos por docenas. Pero nos asombra ver en la factura consignadas en el mismo día, "31 garrafas de leite".

La tormenta sopla sobre sus nervios desquiciados. Vuelve a Montevideo. Prolongados pedidos de licencia por enfermedad, de 1914 a 1925, denuncian la agravación del mal síquico. Vive solo, en una vieja casa de Villa Dolores. Se siente perseguido. Temen que lo envenenen. Por esta época se vincula a él un jovencito de 14 años que será su secretario, y cuyo carácter firme le permitió alternar con Roberto sin temer sus crisis violentas ni sus vuelcos de humor. Ese joven será después secretario dilecto de Mendilaharsu, pues reunía — y reúne — capacidad y hombría de bien a la cualidad rara de la discreción y la modestia personal: es Atilio Verdecanna, que pudo tomar Rodó para modelo de "Los que callan", y a cuya colaboración amable debemos algunos informes sobre el tema, que desde aquí le agradecemos. Roberto le dictó, durante casi tres años — 1914, 1915 y parte del 16 — durante muchas horas diarias, como si ese monólogo en voz alta le aliviara la continua tensión del alma. Transcribimos, textual, los apuntes de Verdecanna precisando el tema de aquellas páginas:

"La Sirena del Adriático" — Evocación de Italia, Florencia, Venecia. El Renacimiento, con evocaciones magistrales del poe-

del infierno..." dice desahogado. Es "el espíritu" que lo acosa, implacable. Demonios inferiores, entidades enemigas lo rodean. "Mi pensamiento apenas aparecido, en el riel! ¿Estoy alucinado?... ¿Me he vuelto loco o mejor dicho, me han vuelto realmente loco?... ¡Misterio! Yo he sentido en mi vida la influencia demoníaca. ¿Cómo defenderse?". ¿A quién acusa? Sabe; con toda certeza, que está hundiéndose en un tembladeral, el hombre que escribe: "Todo el amor de la tierra no sería capaz de templar la fiera esterilidad de mi alma, todas las lágrimas de ternura no ablandarían ese arenal crispado por el odio; la vana rebelión, la inútil querrela han perdido este corazón y en el momento en que mi desventura se hace irreparable, un espectro me habla al oído y dice: Pierde la esperanza. El Cuervo de Poe habla un lenguaje igual al de tu héroe, Manfredo...". Este trozo inteligible, entre largas parrafadas que no se comprenden, no es "literatura", sino la confidencia, el desahogo de un espíritu enfermo y lúcido a la vez; le adivinamos el retorcimiento de los nervios, el encrespamiento del alma chamuscada, salpicada de sombras. Habla en tercera persona, entabla consigo mismo un enfrentamiento tenso, perpetuo, que daña. Y dice de pronto: "Roberto, aquí no sirve el talento". Su mundo se desmorona, y se da cuenta. Las palabras "loco", "locura", aparecen una y otra vez, en el balbuceo incoherente de una razón

de jubilación le es denegada. Es más: el informe especifica "Intelecto perfecto y sin una alteración en él". Pero Roberto no se convence ni se deja curar. Se sabe un desarraigado perpetuo, en rebeldía ante la sociedad, que él desdén con vanidad de hombre superior. En abril de 1925, acciéndose a una ley de febrero de ese año, insiste en la gestión jubilatoria. Señalemos que el informe de 1923 acusaba 48 años; el de 1925 — dos años después —, apunta 54. El dictamen del Dr. Rafael Rodríguez es menos optimista. El mal ha hecho progresos. En la ficha consta su temperamento muy emotivo y exaltado, y un "delirio crónico de persecución, con alucinaciones auditivas". Si bien la conceptúa rara, no descarta la posibilidad de curación. Pero esta vez sí se le concede el retiro, con el número de expediente 3078, como vemos en las "Memorias de la Caja de Pensionistas y Jubilados Civiles" correspondientes a los años 1924 al 26, y donde figura con 68 años. Evidentemente, no se ponían de acuerdo con la edad.

Su silueta elegante y provocativa no se veía ya, hacia mucho, por las calles céntricas. El bardo extravagante se había susstraído a la curiosidad y al comentario de los corrillos ciudadanos. "Roberto de las Carreras llenó toda una época montevidiana, que fue la de su juventud. Disfrutó del aprecio que merecía su talento que nadie desconoció; pero disfrutó más todavía con la certidumbre de que ponía una inquietud en los pobres de espíritu y una angustiada palpitación de curiosidad en muchos corazones femeninos. Roberto desapareció al fin. Parece que desde entonces, no hubiera nada personal, original y fuerte en la calle Sarandí...". Son palabras de Orosmán Moratorio.

Y sobre quien tanto hizo hablar de sí, fue cayendo el silencio.

Fuimos a visitarle por primera vez hace ocho o nueve años, en un sanatorio particular. Alto, erguido, fino, vueltos un plumón plateado los rizos que fueron rubios, cortés, medido el ademán, la actitud galante. Hablamos poco; pero fue él quien nos condujo a su mundo, un mundo detenido al borde de otra época, veinte, treinta años atrás. "Tengo un plan de urbanismo, ahora — nos confió —; ya no me ocupo de poesía; hay que quitar los carritos, que son antiestéticos, y ese hotel tan viejo; hay que dar comodidad al viajero. Hay que hacer jardines, poner palmeras a lo largo de la rambla...". Y mientras hablaba, veíamos

cló, rota la brújula, andando por otros rumbos. El crepúsculo le sorprendió despojado y silencioso, guardián del enigma de su huerto recóndito. Y nos enseñó que también a Luzbel le llega la hora de envejecer.

Le vimos de nuevo hace pocos días. El poeta vive ahora entre el cuidado y la ternura, rodeado del cariño familiar, y ha traspuesto los ochenta años sin darse cuenta. Sigue viviendo en el ayer, maravilloso regalo concedido a su ancianidad por un destino que le reservó el sufrimiento y la injusticia. Fresco y puro el rostro sonrosado, sano, fuerte, todo pulcritud — ¡y cómo no, con tres baños diarios de agua fría, verano e invierno! —; todo lejanía. Nos aproximamos para darle la mano, y lo primero que nos dijo — un poco tieso el gesto, levantando el brazo como para evitar que se acorten distancias — nos estremeció:

"Estoy esperando la partida... Ese traslado que no llega...".

Se refiere a su traslado a Paraguay — ¡todavía! —, pero nos sonó penosamente la otra verdad encerrada en sus palabras.

El hombre diabólico que cultivó la poesía y la neurastenia como dos formas de aristocracia; el revolucionario de los poemas amatorios; el aventurero desadaptado y en pugna con el medio, el espadachín novecentista, se ha convertido en este viejecito esbelto, que vive en un presente que no es el nuestro, y dialoga en voz alta con los espíritus.

No nos da lástima. No le compadecemos; ni hay por qué. Tiene su mundo propio, es el amo de su dislocado universo, y vive en él, soberano distante, emperador de su utopía, que a veces se niega a dormir porque "el sueño quita los sueños". Pensamos en Peer Gynt cuando exclamaba: "Yo fui libro de cantos dorados en mano de mujer. La sabiduría y la locura no son más que erratas de imprenta". Así fue en el caso de Roberto.

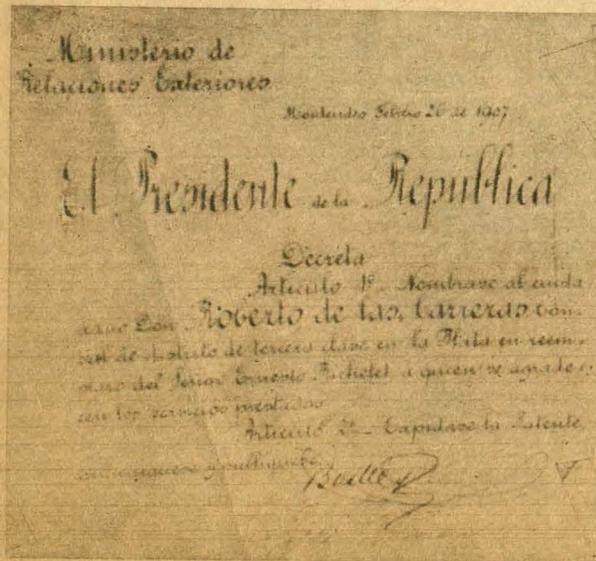
Hay algo inaccesible a su alrededor, una invisible muralla que lo defiende. Atrinchado, disimulado detrás de sí mismo, se le fue acercando la hora del atardecer, blandamente, como una compensación a tantos huracanes.

Roberto de las Carreras está, serenamente, esperando la partida, y su misterio se irá con él.

Dora ISELLA RUSSELL

(Especial para EL DIA). 22/12/95

(Véase el número anterior "El hombre de una época").



Decreto por el cual Don José Batlle y Ordóñez confirió a Roberto de las Carreras su cargo de Cónsul en La Plata. (26-II-1907).



Atilio Verdecanna en la época en que fue secretario de Roberto de las Carreras.